



III Concurso de Relato Corto

El Camino Infinito

David García Gómez

Llamaban al timbre, y Sam fue a abrir.

- Buenas tardes, caballero –saludó el desconocido de la puerta-. Me llamo Hilario Perkins, de la Compañía de Criogenización Perkins Asociados. No es que yo sea uno de los Perkins fundadores –dijo, con una tímida sonrisa-; se trata, únicamente, de una feliz coincidencia.

- No me interesa, gracias –zanjó Sam, cerrándole la puerta en las narices.

Regresó a la cocina, donde acababa de prepararse un delicioso capuccino, y se entretuvo en aspirar el aroma.

- Mmmmh... perfecto.

Puso la taza de café junto a los terrones de azúcar en una bandeja, y fue con ésta hacia el comedor.

Allí se encontró al señor Hilario Perkins, ceñido por su traje oscuro, sentado en el borde del sofá, frente a la mesita de cristal, con un maletín negro sobre las rodillas.

- ¡Vaya! –exclamó Sam-. Creí haber cerrado la puerta.

- Si pudiera concederme usted un minuto para exponerle los motivos de mi visita...

- ¡Ja ja ja! Es usted obstinado, Perkins. Pero no crea que va a amargarme el café. Ahora mismo le traigo otro.

Sam fue a la cocina y volvió con otra taza de capuccino, pero tuvo serias dificultades para encontrarle sitio en la mesita de cristal, ahora atestada por una montaña de papeles surgidos del maletín negro.

- Verá –comenzó el intruso-, como le decía, represento a la Compañía de...

- Mire, Perkins, ahórreme el cuento. Les conozco perfectamente, he visto sus anuncios. Ustedes, a cambio de una cantidad espantosa de mi dinero, en caso de enfermedad o decrepitud criogenizan mi cerebro, además de crear un clon mío; y cuando ese clon alcanza la edad estipulada por mi, se le dice que su cuerpo no es suyo, que sólo lo tiene en depósito, y que tiene que devolverlo para que metan dentro el cerebro de otro tío, muerto décadas atrás. Y ¡hop!, bienvenido otra vez a la vida, Sam.

- Bueno, si... en esencia, de eso se trata. Lo que nosotros llamamos El Camino Infinito, para nuestros clientes. La vida eterna.

- Sí, de eso se trata. Discúlpeme, pero yo sería incapaz de hacerle semejante canallada a otra persona, sólo para comprarme uno de sus caminos infinitos.

- Los clones no son personas, estrictamente hablando. Son una propiedad de Perkins Asociados.

- ¡Ya! Y, ¿qué opinan ellos de esa bonita teoría? –preguntó Sam sonriendo, mientras se mojaba los labios en el café. Perfecto. El toque justo de crema.

- La opinión de los clones al respecto no tiene ninguna relevancia legal.

- Oh, claro. Relevancia legal. Mire, Perkins, no pierda su tiempo conmigo. Acábase el café, que dicho sea de paso, me ha quedado estupendo, y vaya a tratar de convencer a otro.

- Pero, por favor, si me permitiera exponerle con más detalle las condiciones de nuestro servicio...

- Le repito que no me interesa. Yo no soy tan hijo de perra.

- Es que me temo, Sam, que sí le interesa –dijo Perkins, mientras le alargaba una fotografía.

Sam la miró, horrorizado. La imagen mostraba a un sonriente hijo de perra. Se trataba de él mismo, pero la fotografía era vieja. Mucho más vieja que Sam.

(Lema: A la cama que es tarde)